



Erasmo Zarzuela: "Pepino"

## En Duda

Sin respuesta me dejas  
Preguntas qué no hice  
así me dices  
que dudando estás.

Cayéndo desespero  
me pregunto  
¿me quiere? ¿la quiero?  
y sin palabras  
termino sin razón

¿Y cómo lo haré?  
¿caminando, corriendo?  
¿deshaciéndome? ¿noiendo yo?  
Y si me acerco, ¿le tendré?

Mis labios se cierran  
mi pensar se nubla  
mi corazón se vuelve.  
Infinita agonía  
no me mires así  
si ya no tienes palabras para mí  
¿por qué tu cuerpo febril?

Juan Pablo Espinoza Oruro



## Premios literarios

Es muy probable que los premios literarios hayan sido creados por algún demiurgo sarcástico para subrayar la carcajada con que el tiempo se venga de las certidumbres. En todo caso, los premios sirven para otear desde ellos el panorama, y, avergonzado, uno se pregunta cómo es posible que, lo que hoy parece tan evidente, ayer pudo parecer siquiera dudoso. Ejemplar en cambios de perspectiva dentro de la literatura latinoamericana fue el concurso internacional de 1941, al que se presentaron el peruano Ciro Alegria y el Uruguayo Juan Carlos Onetti, ambos de 1909. El peruano se llevó el premio, con gran trátila de declaraciones, periplos de conferenciantes intercontinentales y el beneplácito general para la nueva novela latincamericana, que no temía examinar la realidad verácula y denunciar errores y cruelezas. Pero nuestra literatura, por ansiosa, por vital, por atropellada, es riquísima en omisiones, en escamoteos, en apagados y desaparecidos, en terremotos que bruscamente alteran la perspectiva: como resultado de una de estas catástrofes, el polvo ha ido cubriendo a Ciro Alegria hasta casi sepultar al vencedor, mientras Onetti, actual, flamante, sale tardíamente del territorio silencioso donde estuvo incubando los doce libros de ficción que constituyen su obra, para avanzar a alinearse junto a sus compañeros de generación, Contazor, Lezama Lima, Rulfo, Sábatu.

José Donoso en *Prólogo a El Astillero*.

## Esquina

La vi por vez primera en la banca del jardín de la plaza principal. Ella entre las flores, ella un jazmín. Mujer de belleza reluciente como cristal, dulce y tentadora como la vid. Me acerqué para conquistarla. ¿Y si me rechazaba? Al final, le robé un beso, despertaron mis versos de amor, comencé a vivir.

De ahí me propuse cuidarla. Era delicada, Dios y el destino me habían premiado. Ella era mía, era mi vida, mi lecho, mi almohada. Desnudos bajo la luna nuestros cuerpos nacían como nace el día. A las estrellas pedímos deseos, nos juramos amor eterno.

Un amanecer cuando se vio más bella que nunca, se alejó de mí diciendo "Sólo un momento". Esperé mientras el tiempo eterno me enseñaba mil maneras de necesitárla. Tardaba demasiado. Fui a buscarla y nada. Desesperado de tanto andar al fin la encontré en el recodo de una esquina. ¿Por qué estaría allí tan sola? ¿Por qué lloraba con la mirada perdida?

No podía comprender. Quise acercarme, ayudarla, pero invadido por un temor desconocido quede estático. Era como si nuestros espacios fueran paralelos. No había posibilidad de alcanzarla. Entonces me limité a verla, luego de la vuelta y regresé quién sabe a dónde bajando la mirada.

Al otro día, llena y sonriente, al verme corrió a mis brazos. Un dulce "Te quiero" desarmó mi curiosidad. "Te adoro mi amor" respondí. Por qué preguntar en el dolor mutuo.

Luego de horas, días y meses, rifagas para nuestro amor, me convencí que sus lágrimas eran una forma de atrancarse las penas. Ella con huidas repentinas. Yo de espias en el recodo de la esquina.

Pero un día, aquél que sería el último de mi vida, cuando fui a espiarla ella no estaba sola. Los seguí. Sabía lo que pasaba. ¿Quién era? ¿Por qué nunca podía verla la cara? Ambos se entregaban y, a pesar de mis paseos y mi pena, frente a mis ojos desaparecían.

Esperé. Tenía que hablar con ella. Le pediría fuera sincera. No viro, y no viro hasta que su presencia se volvió recuerdo. La busqué siquiera para mirarla. Sabía que la había perdido. La busqué enloquecido, convencido que volvería desde el recodo de aquella esquina.

No vuelve. Ya no siento su mirada ni su grito cuando era mía. Tampoco veo caer sus lágrimas, y las flores del jardín están marchitas. Escucho a la gente murmurar, que ella nunca existió de veras, que fue mi locura la que me hizo imaginaria. No es cierto. Ella siempre me amaba en una llana. Era mi estrella. Invocable el cielo y ella apacigüan. No viro y la quiero, por eso aún la espero entre huesos y hechas yertas en el recodo de aquella tristeza esquina.

David Zenteno Oruro

